

Figura 3. Espada del Bronce Final (derecha) y puñal de antenas de la Primera Edad del Hierro (izquierda). Se observa claramente la reducción en el tamaño del armamento.

Figura 4. Pequeños castros con defensa simple, típicos de la Primera Edad del Hierro. Comarca del Deza, Pontevedra. Según X. Carballo

800 a.C. A partir de entonces aparecen muchas menos y de menor tamaño (puñales

de antenas, por ejemplo, en vez de espadas) (Fig. 3). Las armas de la Edad del Bronce eran propiedad individual y se empleaban de forma individual, seguramente en duelos de estilo heroico como los descritos en la Iliada—en realidad una práctica guerrera extendida por toda Europa entre finales del segundo milenio e inicios del primero a.C. Las murallas no son propiedad individual ni se pueden emplear de forma privada: las tiene que construir todo el grupo y se usan por parte de ese mismo grupo en su autodefensa. Las fortificaciones castreñas, por lo tanto, nos dicen más de lo que parece a primera vista: nos dicen que está cambiando la forma de guerrear (frente a duelos ritualizados e individuales, una lucha más defensiva de toda la comunidad), que está cambiando la organización social (en la que el grupo tiene más



Figura 5. Muralla del Castro de Penalba, Pontevedra

peso que el individuo) y que ha variado la forma de percibir y construir el paisaje (con poblados más estables y más monumentales). Esto no quiere decir que hayan desaparecido los jefes. En realidad lo que ha sucedido es que han variado sus estrategias de poder: en vez de acumular armas y joyas y guerrear con sus pares, ahora tienen que movilizar a su grupo para que construyan murallas y defiendan su territorio.

Esta variación estratégica se advierte en la proliferación, ahora ya generalizada por toda la geografía del Noroeste, de poblados fortificados. Continúa dándose preferencia a los puntos más destacados del paisaje, pero ahora se fundan poblados en montes menos prominentes y también en la costa: sigue siendo, sin embargo, un paisaje de sierras, no de valles, lo que hemos de relacionar con una explotación de los suelos ligeros de monte, fácilmente cultivables, similar a la de la Edad del Bronce. El tamaño de los poblados es también por lo general muy pequeño, aunque mayor que en el Bronce Final: los castros de la Primera Edad del Hierro tienen en torno a una hectárea de

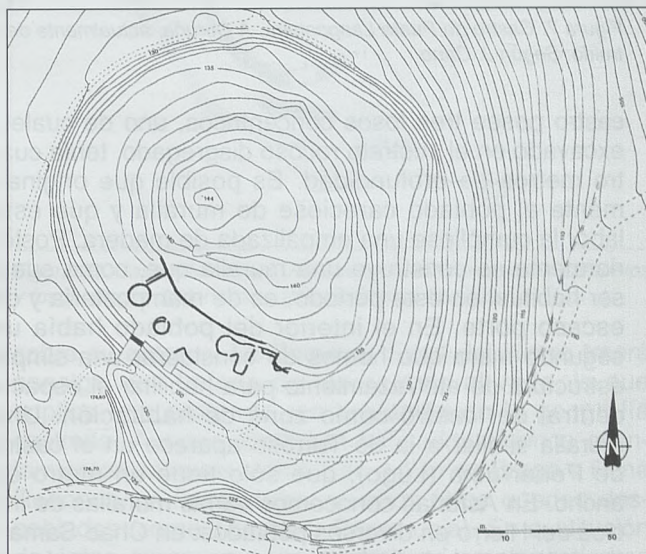


Figura 6. Castro de Torroso, Pontevedra. Según A. de la Peña

media, lo que supone una población de en torno a 100-150 habitantes (Fig. 4). Las fortificaciones, además, se diferencian de las de la fase anterior en que implican una mayor alteración de la topografía de los lugares donde se enclavan. Se adaptan menos al terreno y se construye más. Se levantan ahora aterrazamientos, se aplanan la superficie de los cerros para construir cabañas, se excavan fosos en torno a los poblados y las murallas están mejor y más sólidamente aparejadas (Figura 5). En algunas zonas, como las Rías Bajas, esta mayor monumentalización tiene su correlato en la arquitectura doméstica: del siglo VIII y VII a.C. tenemos casas circulares de piedra en diversos yacimientos como Torroso y Pena Redonda, ambos en la provincia de Pontevedra.

En realidad no conocemos en mucho detalle las defensas castreñas de este período, porque se ha dado preferencia a las zonas de habitación. Buen ejemplo de fortificación es la de Torroso (Fig. 6). El